

LA ISLA DEL TIEMPO

LAZOS  
DE SANGRE  
HADO

Amanda Hocking

Traducción de Isabel Murillo

DESTINO

La brisa veraniega se colaba por las ventanillas e inundaba el coche con el aroma verde del parque y el espantoso sonido del tráfico de la autopista. Miré a través del cristal mordiendo-me el labio. Los niños jugaban en el césped. El coche estaba en el aparcamiento, con el motor encendido pero parado, y yo no podía dejar de pensar en la posibilidad de que Milo pudiera perder el control del vehículo y atropellarlos.

Mi hermano acababa de cumplir los dieciséis y hablaba sin cesar de sacarse el carnet. En mi opinión, el culpable de aquella nueva obsesión por los coches no era otro que Jack, que conducía automóviles de lujo a velocidades tremendas. Milo experimentó un cambio en el instante en que puso los ojos en su Lamborghini. Por lo visto, esos objetos tan bellos tienen el poder de cautivar a la gente, incluso a un adolescente gay.

A pesar de ser un año y medio mayor que Milo, yo no tenía carnet. Y por eso era Jack el que impartía las clases y yo estaba muerta de miedo.

Con unas gafas de sol gigantescas, Jack ocupaba el puesto de copiloto, pero en realidad no estaba explicándole nada a Milo. Se

limitaba, por ejemplo, a señalar un pedal y decir: «Ése es el acelerador. Así que písalo y pongámonos en marcha». Eso era todo.

Por suerte, Milo era un chico prudente y estuvo presionando a Jack para que le aportase más información, aunque no consiguió que sus respuestas fueran menos vagas. Debía de ser porque Jack estaba cansado. Teníamos sobre nuestras cabezas el resplandeciente sol de una típica tarde de agosto. En condiciones normales sería un momento ideal para conducir, pero la luz del sol tenía amuermado a Jack. De hecho, había empezado incluso a bostezar.

Jack no era precisamente como todo el mundo. Me gustaba de verdad, más de lo que debería. Era atractivo por derecho propio: avispados ojos azules, pelo rubio arena siempre despeinado y una piel bronceada inmaculada, pero no lo calificaría como un chico irresistiblemente atractivo.

Todo lo relacionado con Jack y su familia es complicado debido a un hecho primordial: resulta que son vampiros.

En realidad no son peligrosos para la gente, porque en ese caso no permitiría que ninguno de ellos se acercase a mi hermano. Supongo que, desde un punto de vista técnico, sí que lo son, ya que podrían matar sin ningún problema si quisieran hacerlo, aunque no creo que quieran. Viven de sangre humana, pero se sirven de bancos de sangre o de donantes voluntarios.

Los vampiros no necesitan beber toda la sangre de una persona hasta matarla, pese a que pueden hacerlo y en ocasiones lo hacen. Jack nunca ha matado a nadie, pero es un vampiro relativamente joven. Tenía veinticuatro años cuando cambió y de eso hace tan sólo dieciséis años, una nimiedad en comparación con su hermano Ezra, que lleva en el mundo cerca de trescientos años, y de los casi doscientos de Peter.

En realidad no son hermanos, sino hermanos al estilo de los vampiros. Cuando se produce el cambio, la sangre humana se fusiona con la sangre de vampiro. Ezra fue el que provocó el

cambio en Peter, y luego Peter fue el que cambió a Jack. Esto hace que tengan una relación de parentesco verdaderamente excepcional. Peter se siente atraído hacia mí o, mejor dicho, su sangre se siente atraída hacia mí. Y debido a esta atracción que él siente, tanto Jack como Ezra me tienen mucho cariño; en el caso de Jack, mucho más del que debería.

Sé que Jack no haría nada que me pusiera en peligro, al menos no intencionadamente. Carece, eso sí, de aptitudes para controlar el peligro en relación con el frágil cuerpo de los humanos, como en el caso de mi hermano. Si tuviéramos un accidente, Jack me protegería a mí antes que a Milo, y eso me pone nerviosa.

—¿De verdad estáis seguros de que queréis hacer esto hoy? —pregunté, y vi por el espejo retrovisor que Milo ponía los ojos en blanco.

—Si piensas seguir así, mejor te llevamos a casa —replicó mi hermano, lanzándome una mirada reprobadora.

A pesar de su edad, Milo tenía un inconfundible rostro de bebé: mejillas regordetas y unos ojos castaños enormes e inocentes. Cuando me amenazó parecía más un niño enfadado que el adolescente que en realidad es.

—Todo irá bien, Alice —me aseguró Jack, reprimiendo un bostezo.

—Aquí el sensato soy yo. De modo que si pienso que una cosa irá bien, es que con toda probabilidad irá bien —me recordó Milo.

Llevábamos veinte minutos sin movernos del aparcamiento, pues Milo le había pedido a Jack que le explicara todas y cada una de las distintas partes del coche. Y, tratándose de Jack, había dedicado una cantidad desproporcionada de tiempo al equipo de música y a los calentadores de los asientos (algo de lo más lógico estando como estábamos en el mes de agosto). Milo empezaba a ponerse de los nervios.

Mi corazón dejó de funcionar en el momento en que movió la palanca de cambio para situarla en la «D», la posición de marcha. Milo empezó a avanzar por el aparcamiento, pisando innecesariamente el freno repetidas veces y provocando con ello inevitables sacudidas.

—Tú déjate ir —dijo Jack, y Milo siguió su consejo.

—Tal vez no está preparado aún —dije, inclinándome hacia delante y asomándome entre los dos asientos.

—¡Alice! —espetó Milo.

Jack se bajó las gafas de sol lo suficiente como para poder ver por encima de ellas.

—O te tranquilizas un poco, Alice, o te llevamos de vuelta a casa. Milo estaría encantado de conducir hasta allí.

—¡De acuerdo! —Levanté las manos para expresar mi impotencia y me hundí en el asiento.

Milo dio la vuelta al aparcamiento con más frenazos y arranques de los que un círculo exigiría. Al final empezó a conducir con algo más de fluidez y conseguí calmarme.

Éste era precisamente el motivo por el que estaba allí. Jack me había ofrecido la oportunidad de ser inmortal, pero yo había declinado de momento la invitación. No estaba preparada todavía para dejar colgado a mi hermano.

Jack bostezó de nuevo, contagiándome su fatiga. Para mantenerse despierto, se puso a toquetear la radio y de repente sonó The Cure a todo trapo. Abrí entonces la boca con la intención de realizar un comentario sobre la distracción que podía suponer la música, pero Milo se anticipó y apagó el equipo de un manotazo.

—Con eso es imposible concentrarse —dijo al percatarse de que Jack parecía ofendido.

—¿Lo ves? —Jack dejó caer pesadamente la cabeza sobre el reposacabezas del coche—. Con este niño no tienes de qué preocuparte.

—No precisamente gracias a ti —murmuré. Jack se volvió hacia mí con su maliciosa sonrisa torcida—. ¿Qué pasa?

—¿Sabes que algún día también tú tendrás que aprender a conducir? —La alegría de Jack no hizo más que aumentar al ver mi mueca—. ¿Qué? ¿No pretenderás que te haga de chófer eternamente?

—No, claro. Pero otro día —dije.

—Tienes todo el tiempo de tu parte, de todos modos. —Jack se volvió otra vez para controlar la conducción de Milo.

Por mucho que intentara esconder su creciente impaciencia, a mí poco podía esconderme. No sé por qué motivo, pero yo sentía todo lo que él sentía y eso, a veces, hacía que se produjeran situaciones incómodas.

Jack estaba, sin lugar a dudas, listo para que yo realizara mi cambio. Pero comprendía mi postura y, aunque le resultaba difícil, trataba de no presionarme en lo referente a tomar la decisión de transformarme en vampira.

—¿Me incorporo a la carretera? —Milo se había detenido en la salida del aparcamiento y estaba mirando a Jack.

—Lo siento, chaval. —Jack hizo un gesto negativo con la cabeza y Milo se sintió decepcionado—. Lo has hecho muy bien, pero estoy destrozado y creo que tu hermana ya ha tenido suficiente por hoy.

Jack salió del coche para intercambiar asientos con Milo y farfulló algo sobre el sol que hacía. El hecho de que se hubiera vestido con camiseta y bermudas, lo que dejaba gran parte de su piel expuesta al sol, no ayudaba precisamente en sus especiales circunstancias, pero era su uniforme habitual, incluso en invierno.

Su elección de ese día era una camiseta blanca con un estampado de cintas de casete de colores fluorescentes, bermudas negras y zapatillas Converse de color rosa. No era exacta-

mente la imagen que me venía a la cabeza si pensaba en un vampiro, pero Jack no era para nada estereotípico.

Lo primero que hizo en cuanto se acomodó en el asiento del conductor fue toquetear el equipo de música hasta dar con Mexican Radio. Milo arrugó la nariz, una actitud comprensible teniendo en cuenta que no se ha criado en los ochenta, como es el caso de Jack.

Nos detuvimos enfrente del edificio de piedra rojiza donde vivimos mi hermano y yo, y Milo le dio las gracias a Jack antes de salir. Yo me quedé en el coche, pues quería hablar un momento con él. Lo primero que hice, no obstante, fue alargar el brazo entre los asientos y apagar la radio.

—Gracias por el paseo. Sé que Milo te lo agradece mucho.

—Cuando queráis. —Jack me regaló una sonrisa, aunque algo alicaída. Los vampiros no arden en llamas cuando les da el sol, pero son nocturnos. El sol los cansa.

—Tendrías que ir tirando. —Me desabroché el cinturón y me dispuse a salir del coche—. ¿Nos vemos mañana?

—No, no puedo. Me marchó de viaje de negocios con Ezra —me recordó—. Pero en dos días tendría que estar de vuelta. Vamos simplemente a firmar unos documentos.

En el transcurso de los últimos meses, Jack había dado un paso al frente y había empezado a ayudar a Ezra en los negocios familiares. Eran propietarios de diversas empresas en el extranjero y de cantidades impresionantes de acciones. De vez en cuando, Ezra se ausentaba unos días por motivos de trabajo y Jack había comprendido por fin que debía acompañarlo. Además, había destrozado su coche y Ezra le había exigido que trabajara para ganar dinero y poder pagarse otro.

—Ah, vale. Bueno..., llámame cuando regreses.

—Es lo que siempre hago —dijo Jack con otra sonrisa, y salió del coche.

Las noches de verano eran demasiado cortas. En verano los vampiros pasan más tiempo a cubierto, el calor no va con ellos.

Jack vivía en una preciosa casa junto al lago. Una casa más bien convencional excepto por las balconadas y por el torreón que conectaba la vivienda con el garaje. Aunque había estado allí un montón de veces, seguía resultándome abrumadora.

Habíamos pasado gran parte del verano en el jardín de atrás, ganduleando en el patio, nadando en el lago o disfrutando con la moto acuática. Milo y yo pasábamos tanto tiempo en el agua que Mae acabó comprándonos varios bañadores para guardarlos en su casa.

Me puse el bañador y salí del cuarto de baño envuelta en una toalla. Milo también se había cambiado. Lo encontré sentado junto a la isla de la cocina, picoteando uvas y ayudando a Mae.

Mae era, de todos ellos, la que tenía una edad más avanzada en el momento del cambio: veintiocho años. Su piel era blanca e inmaculada como la porcelana y aquel día llevaba el pelo recogido en un moño suelto. Vestida simplemente con el bañador

y un delantal de cocina, observaba risueña a Milo mientras él iba charlando.

Mae no comía, como todo vampiro que se precie, pero Milo era un cocinero excelente y se había convertido en su pinche, y colaboraba siempre en la preparación de los platos que ella nos cocinaba. De entrada, quise protestar por el trabajo y el gasto que le acarreábamos a Mae, pero era evidente que este tipo de cosas le encantaban.

—¿Dónde está Ezra? —le pregunté, acercándome a la isla y robando una uva. Vi que Mae preparaba algún tipo de salsa con queso cremoso y yogur para acompañar la fruta y estaba en aquel momento cortando con mucho esmero manzanas, peras y fresas.

—Haciendo la siesta —me informó con su cálido acento británico—. Tiene un poco de *jetlag* después del viaje.

Igual que los otros dos chicos, Ezra era increíblemente atractivo. Tenía los ojos de color caoba oscuro e infinitamente cálidos. Su piel lucía el mismo color bronceado que la de Jack y Peter, y su cabello color arena estaba salpicado por mechass más claras. Pero el punto fuerte de Ezra era su voz, grave y reverberante. Tenía un ligero acento porque nació en Inglaterra, aunque hacía ya cerca de doscientos años que no vivía en Europa.

A través del cristal de las puertas de la cocina vi a Jack en el jardín, retozando con su mastín de los Pirineos, *Matilda*. Las luces indirectas ponían de manifiesto la tensa musculatura de sus pectorales y su espalda. Tendría que estar magullado por los golpes que estaba dándose contra los adoquines del patio, pero en su piel no había ni rastro de moratones.

—¿Te apetece probarlo, Alice? —me preguntó Mae, obligándome a apartar la mirada de Jack. Estaba ofreciéndome una manzana cubierta con la salsa, pero le respondí con un gesto negativo.

—Estoy quedándome helada. Creo que saldré fuera un rato.

—En seguida salgo yo también —dijo Milo con la boca llena de fruta.

—De acuerdo —contesté, y crucé las puertas acristaladas para adentrarme en la noche.

Jack estaba persiguiendo a *Matilda* lejos del patio, pero distinguí rápidamente su silueta bajo la luz de la luna llena. A pesar de que en el exterior la temperatura era mucho más agradable que dentro de la casa, decidí continuar envuelta en mi toalla. Atravesé el patio y llegué al terreno cubierto con césped que separa la casa del lago. Nada más verme, *Matilda* echó a correr hacia mí. A buen seguro me habría derribado, pues está acostumbrada a tratar con vampiros capaces de hacer frente a sus embestidas, pero Jack consiguió atraparla a tiempo y, jugando, le hizo un placaje. A continuación se levantó del suelo, sacudiéndose las briznas de hierba pegadas al bañador, y me saludó con una sonrisa.

—¿Tienes intención de bañarte con la toalla? —me preguntó bromeando.

—A lo mejor sí. —Me envolví aún mejor con ella y Jack se echó a reír.

*Matilda* me olisqueó con entusiasmo hasta quedar convencida de que simplemente era yo y, acto seguido, se marchó con parsimonia, meneando el rabo.

Capté la mirada pícara de Jack y, con la experiencia de todo un verano viéndome arrojada al lago casi a diario, comprendí a la perfección su significado. Solté la toalla y eché a correr hacia el embarcadero. Jack, aun pudiendo superarme sin el menor problema, empezó a perseguirme guardando las distancias. Para él la gracia está en la caza.

Casí había conseguido alcanzar el final del embarcadero cuando sentí sus fuertes brazos enlazándome por la cintura.

Chillé y le dejé que me diera una vuelta completa antes de soltarme y mandarme volando por los aires hasta caer en el lago, salpicándolo todo a mi alrededor.

Jack cogió carrerilla para saltar, voló por encima de mí y se lanzó de cabeza al lago. Aulló de emoción, como si no hubiera realizado ya aquel mismo salto un millón de veces.

—¡Jack! —Mae acababa de asomarse por la puerta—. Intenta calmarte un poco o los vecinos volverán a llamar a la policía. —Era más de medianoche de un miércoles y los vecinos no eran muy amantes del alboroto.

—Ya lo has oído, Alice —dijo Jack.

—Lo que tú digas —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Pero conste que yo no grito ni la mitad que tú.

Jack se adentró en las negras aguas sin dejar de reír. Empezó a nadar en lentos círculos a mi alrededor, pero yo, con mantenerme a flote haciendo el muerto y contemplando la luna llena y las estrellas, tenía todo lo necesario para sentirme feliz.

Con el agua tan oscura, nunca había tenido el valor suficiente como para alejarme mucho de la orilla. Siempre tenía visiones horribles en las que me veía devorada por un monstruo invisible que emergía de las profundidades del lago.

Milo se sumó a nosotros un poco después. Mae se quedó dentro cortando fruta. Siempre se pasaba tres pueblos con la comida. No éramos más que dos y ella cocinaba como si fuésemos un ejército. Y lo único que lograba con ello era dejar aún más patente que ellos no comían nada. Milo, de todos modos, apenas había hecho comentarios al respecto.

Me sorprendía que no hubiese captado todavía que no eran humanos. Jack se había comportado con discreción por lo que a sus capacidades paranormales se refería, pero Milo era un chico listo. Algo debía de sospechar, pero no decía nada, pues no parecían peligrosos y le hacían feliz.

—Hace una noche preciosa —dijo Milo. Se había puesto a hacer el muerto igual que yo y contemplaba el cielo.

—Ha sido un verano fantástico.

—No puedo creer que esté a punto de acabarse —protestó Milo con un suspiro.

—¡No me lo recuerdes! —dije, estremeciéndome.

Faltaban escasamente tres semanas para que empezaran de nuevo las clases. Milo intentaba convencerme de que aquello apenas afectaría a mi vida, pero yo sabía que iba a cambiarlo todo. No habría más noches enteras de juerga con Jack, pronto empezaría a hacer frío y a nevar y Milo me obligaría a hacer los deberes.

De pronto, noté que algo me agarraba y tiraba de mí. Intenté gritar, pero el agua me engullía. Me imaginé una maligna criatura acuática dispuesta a devorarme hasta las entrañas. Luchando con uñas y dientes por volver a la superficie, me aferré a algo fuerte y blando y me impulsé hacia arriba.

En cuanto me sujeté a él, Jack me sacó del agua y lo abracé. Y cuando oí su risa superando mis aullidos de miedo, comprendí que había sido él quien me había agarrado del tobillo. Después de un verano entero de travesuras de todo tipo, tendría que haber asimilado que Jack se lo pasaba de muerte asustándome.

Y tendría que haberle dado un cachete o haberle dicho que era un imbécil, pero la sensación de estar entre sus brazos me distrajo por completo. Tenía su pecho pegado al mío y, con toda seguridad, él estaba percibiendo el latido frenético de mi corazón, algo que lo volvía loco.

Miré sus cálidos ojos azules, y me quedé sin aliento por un motivo completamente novedoso. Su risa se había extinguido y su sonrisa empezaba a vacilar a medida que la temperatura de su cuerpo aumentaba.

Normalmente ya me habría empujado para apartarme de él, pero esta vez me dejó continuar entre sus brazos. Incliné la cabeza hacia él, esperando que se soltara lo bastante como para permitir un beso inocente.

—¡Mirad! ¡Una estrella fugaz! —gritó Milo.

Aquello fue suficiente para que Jack cobrase consciencia de lo que estaba sucediendo, de modo que me empujó y se puso a nadar. Jack se esforzaba constantemente para evitar que la situación se desmadrase, y en ocasiones eso significaba que tenía que empujarme, en sentido literal. Ignorar este hecho resultaba cada vez más difícil.

Aunque no se lo había preguntado nunca, me daba la impresión de que la temperatura sólo le subía cuando establecíamos contacto físico. Cuando nos dimos nuestro único beso apasionado, su piel era de fuego.

—¿La has visto? —preguntó Milo.

Mi intención era lanzarle una mirada de rabia por haber perturbado aquel momento excepcional con Jack, pero entonces vi a Milo contemplando dichoso el cielo. No miraba otra cosa que las estrellas y, en consecuencia, no tenía ni idea de lo que había interrumpido.

—No, lo siento, me la he perdido —dije.

—Habrà otra, ya verás —me garantizó él. Lo más probable es que mi respuesta estuviera llena de rencor. Las estrellas fugaces me encantan, claro está, pero besarse con Jack era un hecho más excepcional si cabe.

—Eso espero.

Me quedé nadando sin moverme de sitio y Jack se marchó a incordiar a *Matilda*. Al final había acabado descubriendo formas estupendas de ignorarme. La pobre *Matilda* estaba en el extremo del embarcadero, ladrando para dejar claro que no le apetecía saltar al agua. Milo, cansado ya de mirar las estrellas,

decidió sumarse a Jack e intentar convencer a la perra de que se lanzase.

De pronto, estar nadando dejó de parecerme divertido. La subida de adrenalina provocada por la irrupción del monstruo marino, seguida por lo que casi había sido un beso, me había dejado el cuerpo dolorido y agotado. Sabía que Jack haría lo posible por mantenerse lejos de mí durante un buen rato y, aun comprendiendo sus motivos, la sensación era desagradable.

—Me parece que voy a ver si Mae necesita que le eche una mano —dije, sin dirigirme a nadie en particular. ¡Y menos mal! *Matilda* era mucho más cautivadora que yo.

Cuando llegué a la orilla, oí un fuerte estrépito de agua salpicando y los gritos de triunfo de Jack y de mi hermano. *Matilda* había saltado por fin al agua. Ojalá tomar una decisión respecto a Jack fuera igual de sencillo.

Entré en la casa envuelta en la toalla. La oleada de frío polar del aire acondicionado me dejó congelada al instante. En el equipo de música sonaba a todo volumen Amy Winehouse, el nuevo y único placer pecaminoso de Mae. Jack hacía todo lo posible para que Mae se aficionase a escuchar música moderna, pero hasta ahora las únicas que la habían enganchado eran Winehouse y Norah Jones.

Me encontré a Mae bailando por la cocina, cantando con una espátula a modo de micrófono, y a pesar de lo exasperada que estaba por la situación que acababa de vivir con Jack, no pude evitar echarme a reír.

—¡Cielos! —Mae se llevó la mano al corazón y sus ojos dorados brillaron con desconcierto—. ¡Vaya susto me has dado!

—¿No me has oído entrar? —le pregunté cuando hubo bajado el volumen—. ¿No se supone que tenéis un superoído o algo así?

—Sí, claro, pero sólo cuando prestamos atención al asunto

—respondió Mae, sonriendo con timidez. El plato de fruta, con una presentación espléndida, estaba ya esperando en la isla, y Mae estaba recogéndolo todo en el momento en que se produjo mi interrupción.

—¿Necesitas que te eche una mano? —me ofrecí.

—No, y antes de nada tienes que ponerte algo encima —dijo, viendo que había empezado a tiritar—. A menos que quieras volver a bañarte.

—Oh, no, por esta noche ya he tenido suficiente —dije en tono grave. La emoción se había extinguido por completo en el instante en que Jack me había empujado para alejarme de él.

—Me parece que también yo iré a cambiarme. —Deshizo el lazo del delantal.

—No tienes que hacerlo porque a mí no me apetezca bañarme más. —Levanté la mano para detenerla—. Anda, sal a nadar un rato mientras yo acabo de limpiar esto.

—Tonterías —dijo Mae riendo, como si siempre me dejara a mí las tareas de limpieza. Se quitó el delantal y lo dejó sobre la isla—. Con Ezra y tú en casa, no me imagino qué tipo de diversión puedo tener yo con los chicos. Lo más seguro es que estén por ahí jugando a lanzarse ranas el uno al otro.

Y no andaba muy desencaminada. Cuando Jack y Milo se quedaban solos se transformaban en un par de niños pequeños. Un día que llovía, interrumpí una pelea de bolas de barro en el patio. Un juego muy similar a una pelea con bolas de nieve, pero con barro. A ambos les pareció una idea genial hasta que Milo empezó a llenarse de moratones, pues hay que tener en cuenta que los vampiros lanzan con mucha más fuerza que un chico debilucho de dieciséis años.

Mae negó con la cabeza y salió hacia el pasillo dispuesta a cambiarse. La seguí hasta el cuarto de baño principal, que estaba justo delante de su habitación.

Me vestí con mi ropa de siempre y me pregunté por qué seguiría mostrándome tan terca y no permitía que Mae me comprase ropa nueva. Llevaba décadas comprando sólo para chicos y se moría de ganas de llevarme de compras. El bañador que acababa de dejar en la bañera para que se secase le había costado más de cien dólares, y me había comprado tres iguales. Tenía la impresión de que estaban dándome mucho y yo se lo recompensaba con poquísimo.

Intenté secarme el pelo lo mejor que pude y arreglarme un poco. Pero antes de que me diera tiempo a terminar de lavarme la cara, oí un grito. Cerré el grifo y oí a Mae gritando el nombre de Jack. Salí corriendo hacia la cocina.

Jack estaba chillando, y parecía aterrado.

Cuando salí me encontré con Mae en el patio. Jack estaba a varios metros de distancia de ella, más cerca del agua. Mae me agarró por el brazo cuando pasé corriendo por su lado, y vi que estaba blanca como el papel.

Estaba demasiado oscuro para poder ver qué pasaba, pero me invadió una tremenda sensación de congoja y terror. Acababa de suceder algo horroroso y jamás había visto a Jack tan afectado.

—¡Ezra! —vociferó Jack, y se detuvo—. ¡Ezra!

—Voy a buscarlo —susurró Mae con nerviosismo. Me apretujó el brazo con tanta fuerza que incluso me hizo daño, pero ni siquiera me di cuenta de ello—. Tú quédate aquí, Alice. No te muevas. En seguida vuelvo.

—¡Corre! —le rogó Jack, pero Mae ya había desaparecido.

Y aunque me quedé inmóvil, mis ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad. La luz de la luna se coló un instante entre las ramas de un árbol e iluminó a Jack. Vi que llevaba en brazos una figura flácida y se me cortó la respiración.

De inmediato pensé que a *Matilda* le había pasado algo. Los chicos se habían pasado de brutos con sus juegos, la perra había resultado herida y Jack sabía muy bien que cuando un animal sufre algún daño me pongo histérica.

Pero entonces vi a *Matilda* gimoteando a sus pies, con el pelaje blanco empapado. Vislumbré manchas oscuras que alteraban su color, unas manchas causadas por un goteo de lo que fuera que Jack sostenía en brazos. Pero seguía sin discernir nada.

Era perfectamente visible, pero mi mente era incapaz de procesarlo. Me sentía mareada y desorientada, como si estuviera observando el mundo desde una altura increíble. Nada tenía sentido.

Una ráfaga de viento agitó las ramas de los árboles y la luz de la luna cayó directamente sobre él. Le vi la cara, los ojos en blanco, y comprendí qué era lo que Jack llevaba en brazos.

—¡Milo! —grité, y Mae me abrazó a tiempo para evitar que echase a correr hacia Jack.